

DOMINGO DE RAMOS

***Homilía de monseñor Rubén Oscar Frassia, obispo de Avellaneda-Lanús
en el Domingo de Ramos (Catedral Nuestra Señora de la Asunción, 17 de
abril de 2011)***

Queridos hermanos:

De la procesión

Iniciamos la Semana Santa con la bendición de los ramos, pero el sentido de la Pascua no termina aquí. No podemos ignorar el significado que es la bendición de los ramos. Es el reconocimiento de Jesucristo Rey que entra a Jerusalén y tenemos que acompañarlo; no lo podemos dejar solo; no podemos irnos, tenemos que estar con Él y escuchar muy bien el relato de la Pasión.

Acompañemos a Cristo. Es un momento fundamental: el misterio de Dios, el misterio de Cristo, se vuelve a repetir hoy. Cristo asume el pecado y el dolor del mundo. Lo carga sobre sus espaldas y, en amor, obedece al Padre y por el Padre y por nosotros, Él se entrega a la cruz.

Es fundamental que nos demos cuenta que ni el poder, ni las riquezas, ni los cargos sociales, ni las cosas, pueden satisfacer a la persona humana. Cristo nos muestra el camino y el camino es el Amor. El Amor de Dios es el amor a nuestros hermanos; se hace cercano, nos tiene en cuenta, nos ama y nos respeta, nos dice que nosotros con Él tenemos que ser fraternos y servir de verdad al que más necesita.

La tragedia del hombre contemporáneo es querer vivir "sólo por hoy" y no preocuparse demasiado de los demás, no complicarse la vida, alejarse de la responsabilidad, alejarse de la cruz, alejarse de aquello que implica responsabilidad. ¡Por eso, así estamos! Con esa angustia, ese individualismo, esa soledad, que nos lacera y en lugar de darnos gozo, paz y entusiasmo, nos da tristeza y amargura.

Cristo nos da fuerzas, no para quitarnos la cruz.

Cristo nos da fuerzas para asumir la cruz.

¡No la quita!

¡Te da sentido!

¡El se pone en el lugar, pero también nos invita a que nos pongamos en nuestro lugar!, ¡a que asumamos nuestra responsabilidad!, ¡a que seamos maduros!, ¡como personas, como cristianos!, ¡como personas ciudadanas! La fuerza de Dios es misteriosa e inexplicable.

La omnipotencia del mundo se muestra en esa aparente impotencia de Dios. Y Cristo en la cruz, que parece impotente, vence al pecado y nos da su amor. Recorramos en estos días esta realidad. Mirémoslo a Él. Tomemos conciencia de cuánto amor Dios nos tiene y preguntémonos si estamos

dispuestos a correr la misma suerte que Jesús, por medio de su amor.

De la Pasión

Quisiera afirmar algunas cosas que nos puedan venir bien para esta Semana.

Es un error pensar que la vida cristiana se reduce al buen comportamiento moral. "Hay que ser buenos y no ser malos", "hay que ser así y no de otra manera". Reducir la vida cristiana a un mero comportamiento moral es no captar la profundidad del misterio.

La profundidad del misterio es la decisión de Dios, que nos ha querido salvar haciéndose hombre, verdadero Dios y verdadero Hombre. Cristo asumió todas las consecuencias de la humanidad, menos Él, en el pecado; pero asumió el pecado de la humanidad. La decisión de Dios es que nos salvó cargando sobre sus espaldas el peso del pecado. ¿Es que no nos damos cuenta? ¿Es que estamos mirando para otro lado? ¿Es que todavía estamos jugando?

Queridos hermanos, el amor de Dios es irrefutable, es extraordinariamente grande. Cristo, "como cordero silencioso al matadero", soportó la ignominia del hombre, el atrevimiento de ellos, ¡y con su vida y con su muerte, todavía nos da su!, justicia y su justicia es darnos el perdón. Y Cristo dice: "Padre perdónalos, porque no saben lo que hacen".

Por lo tanto hoy tenemos que mirar el misterio del Padre en Jesucristo, en el Espíritu. Y que este Cristo nos dio su amor. ¿Qué más queremos? ¿Qué más pretendemos? ¿Qué otra cosa queremos que haga por nosotros? El amor de Cristo tiene una elocuencia que nos lleva al silencio, a la contemplación y a la gratitud.

De este misterio de Cristo, que no es sólo Dios, que no es sólo hombre, sino que es verdadero Dios y verdadero Hombre, nos deja su amor como herencia; y nos dice "el amor es posible", "vivir en paz es posible", "hacer el bien es posible". Nos saca de la nube del pecado, de la soledad, de la oscuridad, de las tinieblas, y nos hace vivir una vida nueva.

De ese encuentro con el amor de Jesucristo, nuestra vida se convierte en una vida plena, íntegra, auténtica, ética, con un comportamiento adecuado a lo moral. Pero el misterio no queda reducido a lo moral, sino que el misterio es el amor de Jesucristo.

Meditemos esto y cuando vayamos a casa, esta semana tratemos de hacer un silencio profundo. Tomemos el Evangelio, sigámoslo, pongámonos en los distintos personajes en que cada uno de nosotros se va a encontrar representado. En Pedro, en Judas, en el sirviente, en el soldado, en el centurión, en los bandidos; pero sobre todo mirémoslo a Él.

La cruz de Cristo no es derrota, es victoria. No anula el dolor, pero es mas fuerte la victoria. Hoy estamos celebrando la victoria de Cristo sobre el pecado, sobre la muerte, sobre la tristeza que pesa en los hombres, sobre la soledad que

está en los hombres, sobre las miserias que está instalándose en nuestra sociedad, en nuestra familia, en nuestro país y en todos lados. Por todas esas cosas Cristo es la fuerza para que podamos vivir una vida nueva

Pidamos al Señor que nos hable y que nosotros, escuchándolo, le podamos responder.

Que así sea.

Mons. Rubén Oscar Frassia, obispo de Avellaneda-Lanús